

A woman with dark hair, seen from behind, is running down a long, ornate hallway. She is wearing a white, strapless, knee-length dress that is flowing around her. The hallway has a patterned carpet, white walls with paneling, and a large window on the right side. The lighting is warm and comes from ceiling fixtures.

VICTORIA LIENDO
BESOS, NO

emecé

Victoria Liendo

Besos, no

emecé

El casamiento fue una gran pérdida. De plata, para empezar. Los fotógrafos, el catering, el DJ, mi vestido de tul de seda inglés, los violines y el campo de golf, todo guardado en una nube que creía eterna y era al final tan efímera como cualquier nube que pasa por el cielo. No quedó un solo video. Una sola foto. Nada.

Me pregunto si aquel día, en aquel tiempo, todavía veía bien o si ya había empezado a borrarérase la realidad. Fue tan de a poco. ¿Habré llegado a ver el altar nítido mientras avanzaba o habré caminado agarrada de mi padre hacia una imagen difusa, vaporosa? Nunca se me ocurre que mis ojos estén fallando; al contrario, los percibo más lúcidos que nunca, mostrándome que las cosas son imprecisas, una leve incertidumbre respecto de los bordes del mundo, algo que no parece hacer foco porque se escapa.

Me acuerdo del shock del atrio. Yo salía tan contenta del brazo de Lucien, el órgano del Socorro tocaba el *Canon en re mayor* de Pachelbel —ese ritmo místico guiaba nuestro ánimo, la sensación de estar caminando sobre el agua—, cuando de golpe una horda de gente eufórica empezó a abalanzarse sobre nosotros, como

si el hechizo de Dios se hubiera roto apenas pusimos un pie fuera de Su casa. En el auto, rumbo a la fiesta, lo anuncié. No quería vivirlo. No podía soportar semejante fraude. Lucien, que estaba feliz de estrenar su alianza con mi nombre grabado adentro, no sabía qué hacer para sacarme de mi estado de mal humor. Cuando conseguí quebrarlo, cuando se dio cuenta de que no iba a poder hacer nada para salvarme, cuando sentí que no solo mi nuevísimo marido sino también el chofer sufría, entendí que lo peor estaba por llegar. Lo peor era yo. Y no iba a parar de llegar y de seguir llegando.

5 de enero de 2018: la fecha era imposible, de las peores para casarse en Buenos Aires y la única en que podíamos hacer un viaje que no fuera relámpago; otro mal augurio que en silencio nos juramos ignorar. A mí me regía una voracidad de alianzas que solo podría explicar después del desastre; a Lucien, el inminente marido francés que había aparecido en mi vida bajo la forma de un joven y ambicioso tesista de Filosofía, lo irrigaba un sentimiento católico, idéntico al amor pero con una inclinación peligrosa a la cruz: quiero ser mártir y voy a ser tu marido. Era ateo, y que yo lo hubiese llevado a misa en Saint-Sulpice después de nuestra primera tarde juntos lo había flechado. ¿Cómo no amarlo si él amaba en mí lo que ni yo misma veía, una contradicción llena de entusiasmos, una existencia errática, infantil a sus treinta y cinco años, sin ambiciones y con un sentido absoluto de la belleza? Nada, por supuesto, iba a salir como soñábamos.

Una semana antes, recién llegados de París, con el tiempo justo, seguimos las órdenes de mis padres como dos monarcas idiotas para quienes ha sido preparado un rito desconocido en una ciudad subtropical.

Yo estaba feliz de volver a Buenos Aires. Lucien adoraba el calor y que enero fuera un mes tórrido. Nos habíamos conocido por insistencia del azar que, en el lapso de una semana, hizo que nos cruzáramos tres veces en tres lugares distintos: la Biblioteca Nacional de Francia, donde nuestro gremio, el de las hormigas doctorandas, hacía jornada completa; la terraza del Petit Suisse, el único bar del barrio 6 que en verano tiene luz directa hasta la noche; y mi nuevo trabajo en una facultad del conurbano parisino, chiquita y llena de personajes improbables, que se conocía en el ambiente como *la maison des fous*. Nos teníamos de vista cuando nos presentaron junto con el resto de los tesisistas que, como nosotros, habían quedado primeros en el *classement* y pasaban a integrar el nuevo cuerpo universitario. Fuimos amigos enseguida, y más tarde una pareja de doctores (él en Filosofía, yo en Letras) que compartía un departamento de 40 metros cuadrados sobre el canal Saint-Martin.

Para ser declarados marido y mujer, sin embargo, todavía teníamos que convencer al cura del Socorro, la iglesia de mi infancia, de que entendíamos la magnitud del *para siempre*. Llegábamos al altar sin haber hecho el curso preparatorio, una condición que yo había decidido saltarme. Puse como excusa la complejidad de vivir afuera y me respondieron que podíamos hacerlo en París si nos resultaba más fácil. En Saint-Martin-des-Champs, la parroquia que quedaba a tres minutos a pie, daban el curso. Divertido, pensé, hasta que fui

a averiguar y una señora que hablaba muy bajito me explicó que en Francia no duraba dos semanas sino ocho, e incluía —todavía lo recuerdo con horror— dos fines de semana de retiro prematrimonial.

—Cambio de planes —le dije a Lucien cuando volví a casa—, vamos a olvidarnos del tema curso hasta que sea ineludible.

—¿Decís poner todo en riesgo a último minuto? No se me ocurre mejor plan —respondió monocorde, sin levantar la vista del volumen de la *Pléiade* que tenía entre las manos. No estaba claro si Lucien quería ir a esos retiros sectarios. Decía que no, pero tenía ese fervor austero, un gusto por el sacrificio en el que no podía confiar.

—Va a funcionar, vas a ver. Solo hay que cerrar los ojos y entregarse a la informalidad argentina —dije confiada—. ¿Ocho semanas? ¿A vos te parece? ¿Qué tanto necesitamos saber?

Lucien se rio y cerró el libro.

—Yo, nada —respondió mirándome a los ojos.

Hay gente que se deprime cuando el avión aterriza en Ezeiza y suenan los aplausos, y gente que en ese instante siente una descarga de intensidad que no se parece a nada. El gusto inalterable de volver. Tengo la imagen grabada de mi madre sentada en la butaca del avión, de excelente buen humor, diciendo: «Lo que más me gusta de viajar es el día que vuelvo».

Fuimos a alquilar el *jacquet* a la calle Libertad, en la zona de las joyerías y los carteles de «Compro oro». Lucien se sorprendió cuando vio el local —un lugar minúsculo y saturado de objetos cubiertos de polvo, que parecía perdido en el tiempo—, pero yo lo estaba mucho más. He vivido sin ver, sin entender, sin retener. Alfredo, el dueño, parecía conocer a toda mi familia, haber vestido a cada novio. ¿Era de ahí que venían los *jacquets*? ¿De esa sastrería de aldea escondida en medio de la ciudad había salido también el de mi padre, el de su hermano, el de mis primos? Cada vez que descubro la tradición a la que pertenezco, me sorprende y vuelvo al blanco. Cosas que supe mil veces y olvidé mil más. Una inteligencia experta en nublar.

Dos autómatas (él por apático, yo por distraída) acompañaron a mis padres a la prueba del vino, de la carne, de la torta. «Yo, nada», la respuesta que Lucien me había dado sentado en la cocina de París antes de viajar —y que tanto me había gustado recibir—, se convirtió durante esos días en un fantasma hostigador. ¿Tan seguro estaba él de que no necesitaba saber nada? ¿Y yo? Vislumbraba quizá ciertos reveses, ciertas derivas clásicas del matrimonio. Aburrimientos, irritaciones. Me daba igual. Estaba cumpliendo con mi destino, conocer la que sería yo después del hombre; ahora que tendría marido, podría por fin sacarme su peso de encima. Creer en Dios ayudaba. El sacramento te ungía, aseguraba una transformación indemostrable pero definitiva, de esas en las que todo sigue igual pero todo es diferente. Entrar en la iglesia con el velo puesto para salir con la cara despejada habiéndole arrebatado al futuro al menos un poco de poder: de ahora en adelante, solo yo (aparte de la muerte) podría separarnos.

Me concentro. Veo la cara de Alfredo, su camisa cuadriculada de manga corta, sus anteojos diminutos, veo cómo toma las medidas de mi novio francés frente al espejo antiguo de cuerpo entero. Atrás, cajas de cintas y latas de botones ordenadas en los estantes de la pared. Es pintoresco, Lucien está encantado; sorprendido, sin duda —él, que habrá imaginado que un sastre de la familia vendría a domicilio a hacerle un *smoking* a medida y se encontró con que había que alquilar un

traje de pingüino cuya vigencia en nuestras tierras, por otra parte, lo dejaba atónito y lo hacía descubrirnos aún más irrelevantes—, pero finalmente hechizado, rendido a los pies del sabor argentino. Me concentro, pero después, aunque no quiera y sin darme cuenta, la niebla vuelve. Renuncio a la visión total.